

LA CRISIS DE LA FAMILIA*

Prof. Louis Roussel**

En un libro reciente, *Nacimiento de la Familia Moderna*, E. Shorter describe las dos "revoluciones" que, según él, han afectado la vida familiar desde hace dos siglos en Europa Occidental. La primera se habría producido al final del siglo XVIII y habría consistido en hacer del sentimiento amoroso el criterio decisivo para la elección del cónyuge. La última se habría iniciado durante los dos últimos decenios: se trata esta vez "de despojar de sus oropeles sentimentales a la aventura amorosa". ¿Se puede realmente hablar de "revolución" a propósito de estas transformaciones recientes? ¿Han modificado verdaderamente la naturaleza misma de nuestro sistema matrimonial o solamente han afectado algunas características secundarias de un modelo que en lo esencial permanece estable? Tal es la pregunta a la cual este artículo tratará de responder. ¿Pero sobre qué criterios se debe pronunciar?

En materia de familia parece ser necesario considerar a la vez los comportamientos y los sentimientos; hay que tratar de definir a la familia simultáneamente desde el exterior y desde el interior. Desde el exterior: quién se casa con quién y a qué edad; cuántos nacimientos se producen, cuál es la incidencia de la mortalidad sobre la composición y la historia de las familias. Desde el interior: qué sentimientos unen a los cónyuges, qué actitudes tienen frente a sus hijos, qué esperanzas comparten. Asimismo, hay que medir los cambios en las conductas y evaluar las transformaciones dentro de la vida íntima. Es necesario finalmente, reubicar este conocimiento dentro del contexto más amplio del conjunto de las familias, es decir, de la sociedad en general, con sus problemas económicos y sus tendencias políticas.

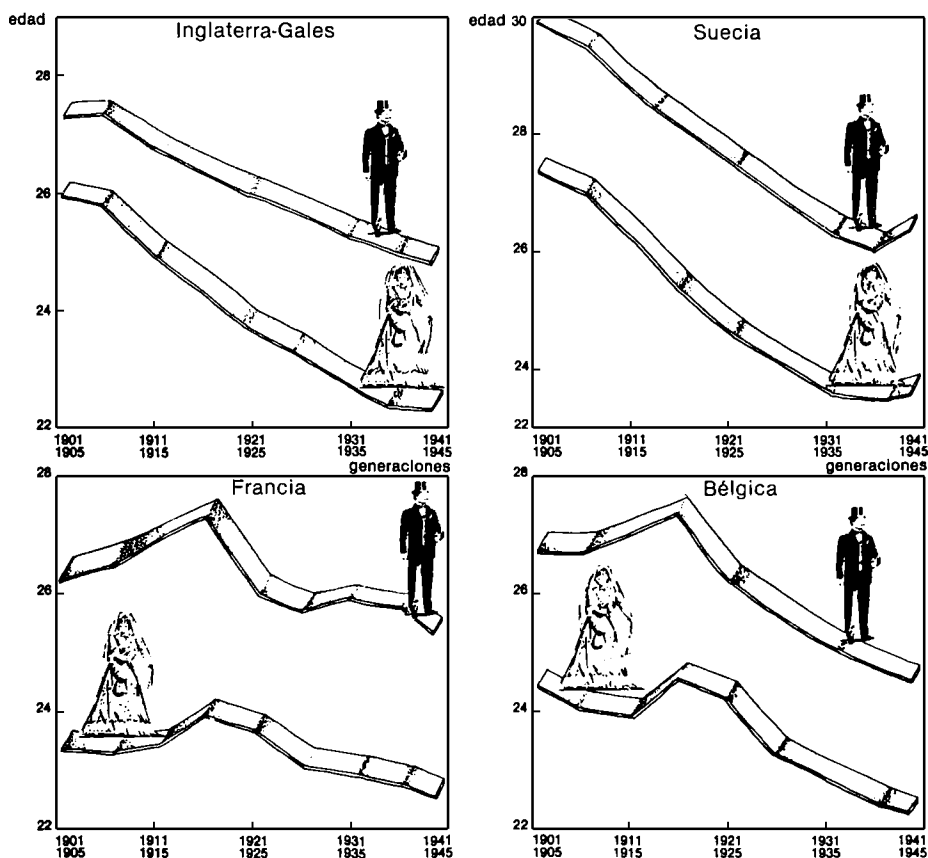


FIG. 1 "¿Quién se casa con quién y a qué edad?" A tales preguntas que permiten describir las estructuras familiares, es fácil responder consultando el registro civil. Se obtienen, por ejemplo, estas curvas que indican la edad media del primer matrimonio en diferentes países para las generaciones naci-

das en la primera mitad del siglo XX, las cuales muestran una disminución general en la edad de contraer matrimonio; esta situación tiende a invertirse en Suecia para las generaciones más jóvenes. (Fuente: L. Roussel, P. Festy, *Etudes Démographiques* No. 4 Conseil de l'Europe).

*Traducido de la prestigiosa revista francesa *La Recherche* No. 111 (mayo 1980). Se publica con la debida autorización de sus editores a quienes agradecemos su gentileza. Traducción de H. Pérez-Rincón.

**Profesor de la Universidad de París X; Consejero Científico del Instituto Nacional de Estudios Demográficos, Francia.

La medida de estos comportamientos en el pasado reciente, es relativamente sencilla: los índices demográficos no faltan y nos informan sobre los principales acontecimientos de la vida familiar (Fig. 1). Como sismógrafos muy sensibles, nos advierten sobre las más mínimas variaciones que se producen en las conductas matrimoniales, en el número de matrimonios prematuros, por ejemplo, o en la frecuencia de los divorcios. Es menos fácil captar los cambios en los sentimientos de los cónyuges, la imagen que se forman respecto al matrimonio, la naturaleza del lazo afectivo que los une, las razones que motivan sus decisiones en materia de fecundidad. No obstante, no resulta imposible recopilar datos útiles en este campo: las encuestas de opinión, cuando se efectúan en una muestra suficiente, nos brindan informaciones verosímiles, tanto sobre el comportamiento como sobre los sentimientos de las personas interrogadas. Ciertamente, tales encuestas no nos permiten analizar en particular la historia íntima de cada pareja; pero, precisamente porque se definen y limitan previamente el número de las respuestas a una interrogante, se puede hacer un estudio sistemático. En particular, "el análisis de correspondencia" permite clasificar, siguiendo distintos tipos, los diferentes modelos captados en la encuesta. Entrevistas no dirigidas ayudan en la interpretación de ciertas respuestas ambiguas aportadas por la encuesta de opinión. En los estudios que hemos efectuado, las encuestas incluían generalmente alrededor de 2500 personas, y el número de entrevistas se elevaba a 30 ó 40. Solamente después de haber examinado las evoluciones recientes de los índices de comportamiento y las modificaciones cuali-

tativas del grupo familiar, será posible encontrar una respuesta a la interrogante respecto a si los cambios recientemente observados son superficiales o radicales.

Un sismo demográfico en 1965

Los 20 años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, constituyen un periodo de relativa estabilidad demográfica. Una vez amortiguadas las secuelas de los años de conflicto, los índices se mostraron estables o en evolución lenta y regular. La edad de contraer matrimonio disminuyó progresivamente, la tendencia al divorcio era estable, como lo era también la fecundidad; pero ésta se presentaba en un nivel superior al de la preguerra. Los demógrafos parecen asumir pocos riesgos al calcular sus perspectivas a partir de las observaciones del momento. La idea de que se había llegado a un equilibrio durable se sostuvo a pesar de los primeros signos de cambio. No obstante, pronto se hizo necesario darse cuenta de la evidencia. Simultáneamente, en la mayoría de los países occidentales y de una manera relativamente brusca, la hermosa regularidad de la postguerra se venía abajo por todas partes.

Con una visión retrospectiva se acepta ahora que, el "sismo" demográfico se produjo alrededor del año 1965. Fue en ese año, por ejemplo, cuando la tendencia al divorcio dejó de ser estable. A partir de entonces no ha cesado de crecer el índice del momento*: En Francia esta tendencia se duplicó entre 1965 y 1978 (de 10 a 22 divorcios por 100 matrimonios); y se triplicó en Gran Bretaña y en los Países Bajos (de 11 a 35 y de 7 a 21) (Fig. 2a).

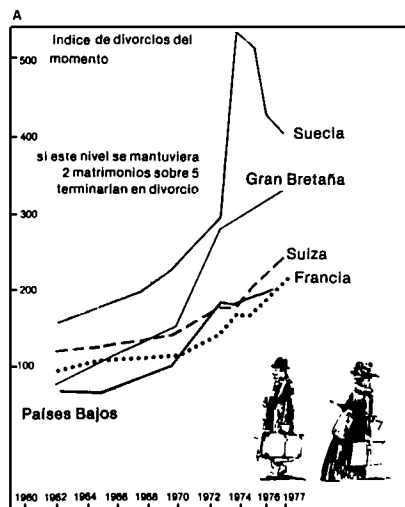
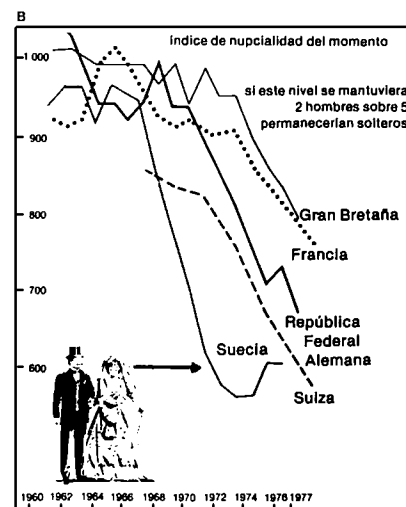


FIG. 2 A partir de 1965 se han observado notables cambios de comportamiento en la constitución de la familia. a) Estable hasta esa fecha, el número de divorcios ha ido en aumento en los países europeos. Se ha representado aquí el índice del momento del divorcio, es decir, el número de divorcios por cada 1000 matrimonios, admitiendo que las tasas de divorcio por duración de matrimonio permanezcan constantes en el futuro. La baja observada para Suecia es coyuntural y se debe a una modificación de la legislación. b) Paralela-



mente, el número de matrimonios disminuye. Se ven aquí representados los índices del momento de la nupcialidad masculina, es decir el número de primeros matrimonios por 1000 hombres de cada generación.

Estas dos figuras muestran que Suecia se diferencia claramente de otros países europeos por la rapidez y la amplitud de los cambios aparecidos en el comportamiento matrimonial de sus habitantes desde el principio de los años 60.

*El índice del momento (o suma de divorcios reducidos) indica lo que será el número de divorcios por 1000 matrimonios si las tasas de duración de matrimonio, observadas en un determinado año, permanecieran constantes. De una manera más general, un índice del momento indica lo que sería para una generación o una cohorte, la frecuencia de un fenómeno si las tasas observadas en un año permanecieran constantes en el futuro.

La nupcialidad por su parte, presenta cambios inesperados. Hasta 1965, la evolución era lenta e iba en el sentido de un índice de nupcialidad creciente y más precoz: se casaban más y a una edad más temprana (Fig. 2b). Esta doble tendencia se ha invertido en la mayor parte de los países de Europa Occidental. Si los índices del momento debieran continuar como están actualmente, más del 30% de los hombres permanecerían finalmente solteros en Dinamarca, Suiza y Suecia. La proporción correspondiente sería de 25% en Francia. Así, el matrimonio dejaría de ser, para una proporción no despreciable de la población, el cuadro normal de la vida de la pareja. Estos cambios espectaculares de la nupcialidad se explican en gran parte por la difusión súbita de un comportamiento que fue, durante largo tiempo, clandestino y raro: la cohabitación juvenil. Una fracción cada vez más importante de jóvenes viven ahora en pareja sin estar casados. Así en Suecia, la *quasi* totalidad de los matrimonios está precedida por una vida en común más o menos larga. En Francia, la proporción de cohabitación prenupcial es actualmente del orden del 50%. La cohabitación se presenta, en la mayor parte de los casos, como un preludio al matrimonio para el cual solamente se retrasa la fecha. Pero uno se puede preguntar si esta breve cohabitación no tenderá a prolongarse y, para una parte de las generaciones jóvenes, se convertirá en una situación permanente. En este caso, la

proporción de los solteros definitivos se establecerá duraderamente a un elevado nivel. ¿Tales cambios no sugieren acaso que ya se han producido modificaciones importantes en la idea misma del matrimonio?

También a partir de 1965, menos brutalmente pero de manera más notoria, la baja de la fecundidad ha alcanzado, en diversos grados, a toda Europa Occidental. En doce años, siempre en índice del momento, la fecundidad ha bajado en un 50% en los Países Bajos (de 3.05 niños por mujer a 1.59). Aunque menos pronunciada, la baja alcanza en la mayor parte de los países, un nivel de fecundidad que, de continuar así, no permitiría la renovación de las generaciones. El total del número de hijos por cada cien parejas en Francia y Alemania, será solamente de 180 y 140 respectivamente. Los valores medios no resultan de una situación en la que un gran número de familias no tendrían hijos y en la que una proporción aún importante tendría tres niños y más. En realidad casi en todas partes, la media traduce la preponderancia neta de un modelo familiar de dos niños. La evolución ocurre pues, no solamente sobre la media, sino sobre la distribución: las familias de 4 hijos se vuelven excepcionales, las de 3, raras y son muy contados los casos de parejas que no tienen hijos. A excepción de España* y de Irlanda, países donde las familias numerosas existen aún, la norma se concentra sobre los dos hijos (Fig. 3).

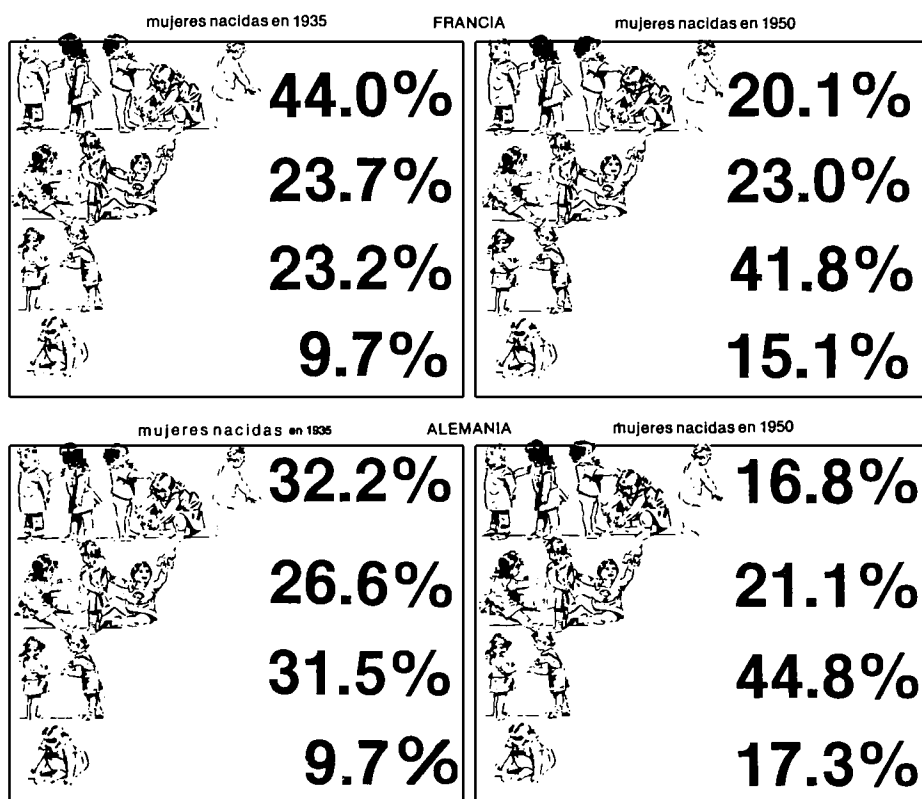


Fig. 3 La disminución general de la fecundidad en Europa es un rasgo relevante en la evolución de la familia. La frecuencia de los nacimientos del 3o. ó 4o. hijo disminuye, salvo en Irlanda que por el momento se distingue en este sentido de otras naciones europeas. Se puede estimar para cada generación de mujeres el número de niños que tendrán en el

curso de su vida fecunda, y con este dato, calcular por cada 100 niños, el número de hijos provenientes de familias de uno, dos, tres, cuatro hijos o más. Esto es lo que se muestra aquí para los niños cuyas madres pertenecen a las generaciones de 1935 y de 1950.

*Hay que señalar que este país se encuentra atravesando una crisis social que lo conduce rápidamente al abandono del status demográfico tradicional a que el autor hace referencia (N. del E.).

Tales son los hechos observados. Estos revelan que se han producido cambios importantes en la mayoría de los países europeos, pero no dan cuenta del mecanismo de estos cambios ni a *fortiori* de su significación. No permiten pues de ninguna manera responder a la interrogante planteada: ¿estas modificaciones son verdaderamente radicales, o bien sólo conciernen, a pesar de su espectacularidad, a aspectos secundarios de nuestro sistema matrimonial?

De la familia de ayer a la de ahora: Variaciones sobre 4 modelos

Se dará un paso hacia la respuesta si se muestra que los hechos relativos a los diversos comportamientos demográficos no son independientes unos de otros, sino que por el contrario, algunos índices varían conjuntamen-

te: por ejemplo, a una alta incidencia de divorcios corresponde generalmente una frecuencia relativamente elevada de abortos; en el mismo sentido se observa que una débil fecundidad acompaña la difusión de la cohabitación juvenil. Se perdería pues información, si nos limitáramos a medir separadamente los cambios en tal o cual comportamiento demográfico, sin tratar de reagrupar las conductas que están asociadas en la realidad. Para descubrir tales correspondencias, se utilizarán inicialmente las estadísticas demográficas recogidas en las poblaciones en las que prevalece un modelo netamente dominante. Ahí en donde varios modelos demográficos tienen un curso simultáneo, las encuestas pueden permitir el establecimiento de tipologías, aunque sean sumarias, de los comportamientos ligados (Fig. 4). En estos casos, el análisis de las correspondencias constituye el método de base (Fig. 5).

A									
Un cierto número de jóvenes viven hoy día en unión libre (cohabitan sin estar casados) ¿Qué piensa usted de este modo de vida?									
	casados		solteros		cohabitantes		unidos		cohabitantes región parisina
	H	F	H	F	H	F	H	F	H
No lo aprueban	14	17	11	14	1	2	11	14	0
Lo admito para los otros pero no me interesa	40	38	24	27	3	4	29	31	0
Podría interesarme como experiencia provisional	9	11	26	25	8	8	17	16	5
Lo apruebo plenamente	35	32	36	30	87	85	40	37	92
No opina	2	2	3	4	1	1	3	2	3
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100
B									
La duración promedio de un matrimonio, si el divorcio no lo interrumpe, es hoy día aproximadamente de 45 años. ¿Piensa usted que una verdadera unión entre dos personas puede durar tanto tiempo?									
	casados		solteros		cohabitantes		unidos		cohabitantes región parisina
	H	F	H	F	H	F	H	F	H
No	6	7	12	10	20	11	11	8	22
Sí, y eso es lo natural	34	34	32	26	14	15	31	29	8
Sí, pero eso exige la superación de muchas dificultades y crisis	53	55	49	58	58	65	51	57	62
No opina	7	4	7	6	8	9	7	6	8
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fig. 4 Para interpretar mejor los comportamientos demográficos y ligarlos entre sí, es necesario tener una visión más precisa de la manera en la que los individuos perciben el concepto de la familia. Esto es lo que permiten las encuestas de opinión. He aquí, con sus respuestas, tres ejemplos de preguntas planteadas en una encuesta efectuada por el Instituto Nacional de Estudios Demográficos y aplica-

da a 2 765 personas que constituyen una muestra representativa de la población francesa entre los 18 y los 29 años. Sin ir muy lejos, en el análisis notemos, por ejemplo, que la cohabitación juvenil (a) es un fenómeno ampliamente admitido (38% lo aprueba plenamente) y que el matrimonio (b) es una relación no siempre fácil cuya duración exige esfuerzos.

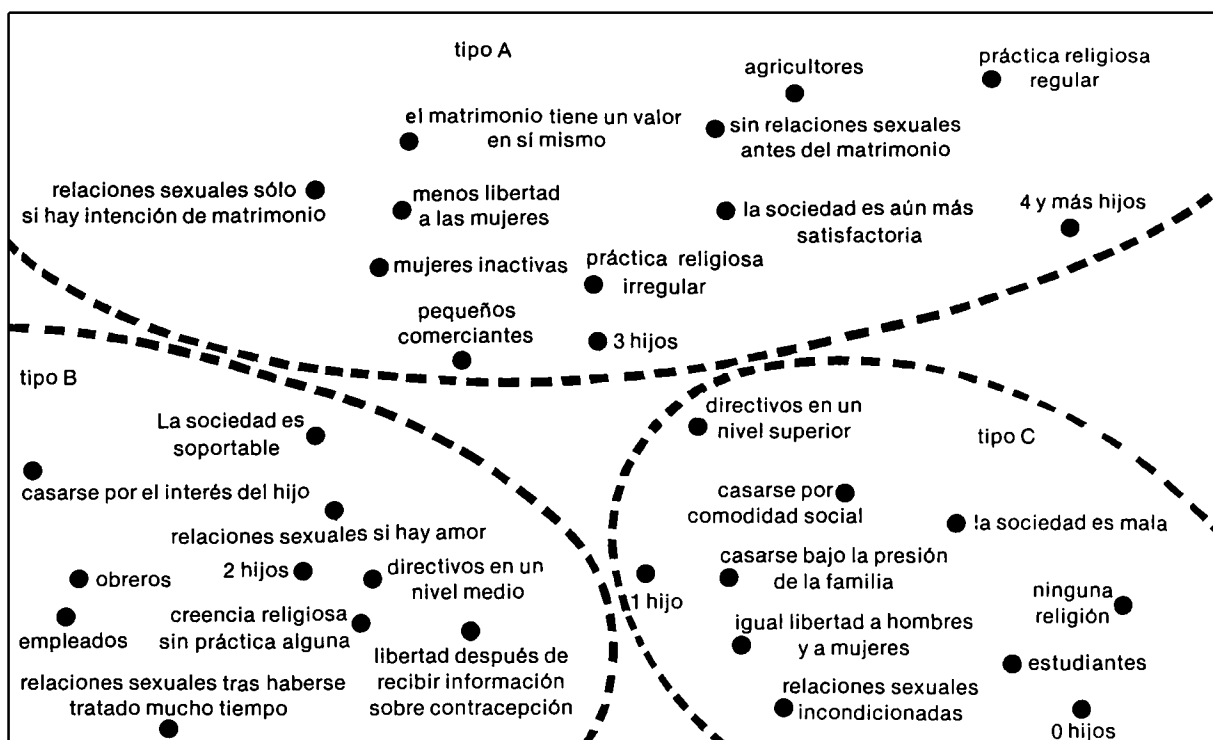


Fig. 5 Los resultados de las encuestas, tamizados gracias al análisis de las correspondencias, permiten establecer tipologías. Gracias a las encuestas de opinión que habíamos hecho anteriormente y tomando en cuenta diversos factores, tales como la categoría socioprofesional, el tamaño del lugar de residencia, el sexo, etc., pudimos definir tres grandes conjuntos de opinión. En esta figura, que es la representación gráfica de las opiniones, la proximidad entre dos puntos es tanto más grande cuanto más grande sea la probabilidad de encontrar en un mismo individuo, las características que

representan estos puntos. Las asociaciones observadas no son posiciones reales a fortiori, sino las más plausibles. Así, el matrimonio es más valorado por las personas que tienen cierta práctica religiosa. Son también estas mismas personas quienes tendrán más hijos. Los empleados y cuadros medios se casarán para tener hijos (2) y en interés de éstos, estarán a favor de una cierta libertad sexual, inclusive en las jóvenes, una vez que hayan obtenido información sobre la contracepción.

Hemos podido establecer, tras de numerosas encuestas, cuatro grandes asociaciones regulares de comportamiento:

- La primera no existe ya sino de manera excepcional. Es el modelo tradicional que se caracteriza por la adhesión a una institución matrimonial con normas precisas y rigurosas. Las relaciones sexuales sólo son legítimas después del matrimonio, el divorcio está prohibido o es excepcional; la fecundidad generalmente es elevada. Los roles de los cónyuges se prefiguran netamente diferenciados según el sexo.
- En el segundo modelo de esta tipología, las relaciones sexuales más o menos regulares preceden frecuentemente al matrimonio. Estas son admitidas o toleradas entre novios. Una contracepción eficaz y el aborto, aún ilegal pero accesible, ajustan aproximadamente el número efectivo de niños al número deseado. Estos medios son generalmente utilizados una vez alcanzado el número de niños deseados. La cohabitación prenupcial permanece siendo poco común, pero el índice del divorcio aumenta. Sin embargo, este último, a pesar de estar autorizado es poco frecuente. Este modelo ha dominado en la

mayoría de los países europeos durante los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial.

- En el tercer modelo, la cohabitación juvenil está admitida, a condición de que excluya a la fecundidad prenupcial. La contracepción y el aborto, ya legalmente autorizados, son utilizados no solamente para detener la procreación una vez alcanzado el número de niños deseados, sino también para fijar el calendario de la fecundidad y muy particularmente para diferir el primer nacimiento. El índice de divorcios no cesa de aumentar, pero la repetición del matrimonio se torna muy frecuente. Es el modelo actualmente dominante, pero no exclusivo, en Alemania, Gran Bretaña, Suiza, Francia, etc.
- Finalmente, el cuarto modelo, del que los países escandinavos ofrecen numerosos ejemplos, contempla a la cohabitación juvenil convertirse en la norma; ésta puede durar muchos años y es frecuentemente fecunda. El dominio de la fecundidad es casi perfecto y regulado por la contracepción y el aborto, pero también por la esterilización. La frecuencia de los divorcios es cada vez más elevada. Por el contrario, los nuevos casamientos se tornan más raros. La diferencia entre niños nacidos "dentro del matrimonio" y niños nacidos "fuera del matrimonio" pierde toda significación.

Esta concepción sistemática explica muy bien, por cambios análogos de modelos, la simultaneidad en la evolución de los índices demográficos en diferentes poblaciones. En resumen, se puede decir que el modelo tradicional que ha permanecido vigente en ciertos medios, al menos hasta fechas recientes, se ha tornado ahora obsoleto. Otro modelo dominante en el período de la postguerra, se presentaba como una especie de compromiso: la institución se habrá ablandado dejando un cierto "juego" a las decisiones de la pareja. En el tercer tipo, el peso de las expectativas y de las decisiones de cada pareja se vuelve decisivo. Finalmente, en el cuarto tipo, la referencia a la institución desaparece casi por completo. De un modelo al otro, la diferencia, desde este punto de vista, está en la desintegración progresiva del aspecto institucional de la familia.

Pero esta manera de plantear el problema no basta repitámoslo, para comprender lo que integra a los comportamientos ligados dentro de un mismo modelo. Se ve claramente lo que desaparece progresivamente: la institución. No obstante, no se visualiza lo que une a los comportamientos asociados, se constata simplemente que lo están. ¿Se puede realmente en esta ignorancia decidir sobre la pregunta inicial, o sea, la importancia real de los cambios observados? Parecería más prudente tratar de llevar más lejos el análisis e intentar encontrar para cada uno de estos modelos, aquello que los conforma como un sistema, es decir, lo que les brinda su unidad.

Ser felices juntos

En las ciencias humanas, lo que le da inteligibilidad a un conjunto de comportamientos, es la finalidad que éstos expresan. Comprender una conducta es ver cómo los comportamientos sucesivos y diferentes, están en realidad orientados hacia una intención que les da a la vez unidad y significación. Esto ocurre evidentemente con los modelos demográficos. Comprender uno de los modelos familiares, será pues captar a través de las modalidades particulares de la nupcialidad y de la fecundidad, un proyecto fundamental específico del que cada comportamiento es una expresión o un momento.

Así, en el primer modelo de comportamientos la nupcialidad y la fecundidad estaban reguladas más allá de las variaciones accidentales, por la búsqueda de las características óptimas para asegurar la *supervivencia de la pareja*. Este objetivo era tan urgente y a veces tan difícil de alcanzar, que movilizaba casi toda la energía de los individuos y convertía en quimérico en la mayoría de las familias, cualquier otro proyecto. La felicidad era entonces un lujo en el que solamente los privilegiados podían soñar. Para la gran mayoría de la población los matrimonios eran "de razón" o más bien "de necesidad". Es a través de este tamiz que hay que reconocer la lógica de los comportamientos observados en este modelo, la insolubilidad del matrimonio, la *quasi* necesidad de nuevas nupcias en casos de viudez, la preferencia frecuente por los hijos de sexo masculino.

La revolución que se ha producido en materia matrimonial, y que interesó inicialmente sólo a una pequeña minoría de la población, ha consistido en un cambio radical de la finalidad del matrimonio; ya no se trata de sobrevivir, sino de ser felices juntos. Toda unión verdadera será de ahora en adelante, de amor. En un primer momento, había parecido posible conciliar la institución y el sentimiento. La institución en esta perspectiva no era otra cosa que la expresión codificada de los sentimientos naturales. Amar-se, casarse, tener hijos, era vivir, a la vez, según la ley de la

naturaleza y conforme a la de la sociedad. Es decir, una armonía preestablecida habría existido entre el sentimiento y la institución, entre el deber y la felicidad. Habría definido un comportamiento que buscaba un equilibrio entre el rigor de la institución y la lógica del sentimiento. Este segundo modelo, llamémosle *matrimonio-alianza*, concepción ideal o proyecto utópico, es por su naturaleza misma, inestable. Pasado el primer fervor de la unión, aparecen las tensiones y el equilibrio entre los dos órdenes no marcha de suyo. Así se observa en la mayor parte de los países, su desaparición progresiva en beneficio de un sistema más coherente en el que la búsqueda de una solidaridad afectiva intensa elimina lo que permanecía aún de las obligaciones de la institución. La finalidad exclusiva es ahora de orden afectivo. De este tercer modelo o *matrimonio-fusión*, que parece ser ahora dominante en la mayoría de los países de Europa Occidental, las generaciones jóvenes esperan una unidad conyugal intensa y festiva, de tal manera que la pareja y sus hijos puedan constituir un espacio afectivo autárquico. La pareja, de aquí en adelante, no conocerá otras normas que las que parezcan mantener los intercambios intrafamiliares tan compactos y gratificantes como sea posible.

La última concepción de la pareja y de la familia domina ahora en algunos países (Suecia y Dinamarca, por ejemplo) y emerge más o menos lentamente en otros sitios: es el *matrimonio-asociación*. Quienes adoptan este modelo han renunciado de golpe a expectativas del amor romántico que les parecen excesivas. La pareja ya no constituye para ellos una realidad nueva (la diada) que se mantiene y desarrolla según exigencias propias. La unión de hecho y el matrimonio, se reducen a un acuerdo razonable en el que cada uno de los compañeros encuentra el máximo de satisfacciones previsibles durante un período de mayor o menor duración.

Observando los comportamientos, hemos creído poder reagruparlos en modelos en los que se encuentran generalmente asociados. Examinando enseguida las finalidades del matrimonio, ha parecido posible descubrir aquellas que se muestran hoy en día como las más frecuentes. Nos falta mostrar brevemente cómo se articulan y se corresponden el modelo de comportamientos y las finalidades; de qué manera los comportamientos no están únicamente asociados entre sí, sino que se definen en conjunto dentro de un proyecto fundamental que al mismo tiempo une a los cónyuges y regula su conducta.

Si se comparan los cuatro modelos de comportamiento y las cuatro finalidades vividas, se observa claramente que los primeros expresan y realizan a las segundas. Una familia que se enfrentaba a condiciones de vida precaria, sólo podía dar la prioridad a aquellos comportamientos orientados hacia la seguridad, la estabilidad y la transmisión. Lo que gobernaba entonces a estos comportamientos era el proyecto de homeostasis, es decir la voluntad prioritaria de hacer perdurar, de mantener el status, o sea, de sobrevivir. En esta situación de permanente urgencia ¿cómo dejar al arbitrio de los individuos la elección del cónyuge o la libertad de romper una unión?

Asimismo, el segundo modelo de comportamientos se explica porque traduce, en los hechos, la idea de un compromiso entre dos formas: un matrimonio fundado sobre la institución y un matrimonio que se plantea, como única finalidad, la gratificación recíproca de los cónyuges. En el modelo tres, el aumento brusco de los índices de divorcio, la difusión de la cohabitación y la baja de la fecundidad, traducen en los comportamientos la decisiva prevalencia de la finalidad afectiva sobre la regulación institucional.

Finalmente, el modelo cuatro de comportamiento expresa en los hechos, una concepción de la vida familiar en la que la aritmética de los placeres es más importante que la búsqueda de una relación amorosa intensa: los comportamientos demográficos inducidos no difieren sensiblemente de los del tercer modelo, pero poco importa que se sitúen o no en el cuadro de una familia legal. La idea misma de legitimidad queda borrada por la prioridad absoluta del proyecto de la pareja: la maximización de las gratificaciones individuales en la pareja.

Cuando examinamos la serie de los modelos de comportamiento, parecía que éstos podían ordenarse como los momentos de una desaparición progresiva del aspecto institucional del matrimonio: el criterio de clasificación era, por decirlo así, negativo. Para comprender verdaderamente lo que conforma la unidad de los modelos, sería necesario descubrir la naturaleza del proyecto que mantiene unidos a los miembros de la familia y al mismo tiempo regula sus comportamientos. Es esta correspondencia recíproca de las conductas y de las finalidades lo que hace inteligible el modelo y permite percibirlo como un sistema orientado hacia una finalidad.

Examinemos ahora los tres sistemas utilizados actualmente y tratemos de responder a la pregunta planteada inicialmente: ¿la diferencia entre el primer sistema, que era aún dominante al terminar la guerra, y los dos últimos, es superficial o radical? ¿cómo no responder ahora que la evolución va más allá de algunas variaciones en las modalidades del matrimonio, más allá de algunas disposiciones secundarias nuevas en el funcionamiento de la familia? La última "revolución" en la mayor parte de los países europeos, ha consistido según parece, en rechazar el compromiso inestable del matrimonio-alianza y fundar la unión de los cónyuges únicamente sobre la solidaridad afectiva de la pareja. Otro proceso parece comprometido desde ahora: el rechazo de la inversión afectiva de un amor de tipo romántico por considerarlo ilusorio, en provecho de una nueva forma de "matrimonio de razón"; puesto que el cálculo de los placeres previsibles sería en este caso, más decisivo que el "encantamiento" amoroso.

Estos cambios de "sentidos" trasforman en realidad a todo el sistema, incluso si sobre ciertos puntos parece mantenerse una cierta continuidad de comportamientos. La permanencia del vestido blanco de novia ha enmascarado la "revolución" íntima.

Un hombre, una mujer y los niños: una familia o una asociación

A pesar de su rapidez, la evolución escapa a quien aun pretendiendo ser observador, la ha sufrido inicialmente. Como Fabrizio en *Waterloo**, nuestros contemporáneos están muy próximos a los movimientos y a los tumultos actuales como para asumir una perspectiva objetiva y prever su evolución. No es necesario agregar que siempre estamos tentados a interpretar el presente con los elementos del pasado, los de nuestra juventud; y que es tranquilizante el creer que los cambios recientes no son sino variantes, un poco turbulentas, de un orden que fundamentalmente sigue siendo el mismo. No obstante, ha sido necesario ceder en este punto y aceptar la eviden-

cia de que la evolución en curso, afecta los cimientos mismos del sistema matrimonial. De ahí se plantea otra pregunta más temible aún: la de los cambios futuros. ¿La fecundidad va a continuar su baja, los divorcios aumentarán, la cohabitación es una simple moda que desaparecerá tan rápidamente como apareció, el matrimonio, finalmente, y la familia están a punto de desaparecer? En tanto que se plantean problemas que no se pueden soslayar desde el momento en el que se ha admitido lo radical de los cambios en curso ¿son estas preguntas tan ineluctables como embarazosas? Los que se han comprometido hasta ahora en las predicciones sobre el futuro demográfico se han equivocado frecuentemente de manera rotunda. ¿No se ha abusado de una disciplina, en el sentido estricto de este término, cuando se recurre a ella para una utilización que sobrepasa su ámbito? Se priva empero, a esta argumentación de una gran parte de su fuerza al distinguir de entre las perspectivas, aquéllas que se perfilan a mediano y a largo plazo.

El plazo mediano puede ciertamente reservarnos sorpresas, pero de alguna manera se encuentra ya contenido en el presente a modo de probabilidad. Ya está "adquirido", anclado en la medida misma en la que los modelos que gobiernan los comportamientos se han convertido en normas en plena difusión. Quienes en 1965 hubieran practicado abiertamente una cohabitación verdadera, habrían encontrado desconfianza y problemas. La multiplicación de los casos, el cambio de actitud de la opinión, particularmente de los padres, hacen que ahora este modo de vida prenupcial se haya tornado una norma, por lo menos en ciertos medios (Fig. 6). Así, es probable que un cierto número de modelos recientes vayan a continuar difundiéndose simplemente por la desaparición de lo que hasta ahora los obstaculizaba. No es necesario ser un gran profeta para anunciar que sin duda ocurrirá esto en lo que respecta a la cohabitación como iniciación del matrimonio.

Otro factor de inercia a mediano término es el paso progresivo de los que constituyen ahora las generaciones "jóvenes", a la edad adulta. Los cambios de actitudes en materia matrimonial han sido muy marcados en las generaciones de individuos que han cumplido 18 años después de 1965. Sin duda el efecto de edad actuará y modificará con el tiempo las posiciones radicales de algunos. No obstante, es probable que a los 35 ó 40 años, estos jóvenes adultos presenten en conjunto actitudes bastante diferentes a las de las generaciones precedentes: sus ideas, en general, permanecerán conforme a las normas de su adolescencia y de su juventud. La difusión de los modelos nuevos encontrará así un soporte demográfico cuando los jóvenes actuales pasen a formar parte del grupo de edad mayor de 30 años. ¿Qué se puede concluir de esta probable inercia que presenta esta tendencia a mediano término? Además de una mayor difusión de la cohabitación, se puede predecir razonablemente un dominio de la fecundidad aún más extendido de lo que se encuentra ahora. Dicho de otra manera, el número de nacimientos "no deseados" continuará disminuyendo. Asimismo la frecuencia de las familias numerosas disminuirá más aún: entre los 30 y los 40 años los esposos tienen su cuarto o quinto hijo y, en pocos años, los adultos de este grupo de edad pertenecerán a generaciones menos dispuestas que las precedentes a una elevada natalidad. Si nada interviene en materia de política familiar, la generación irá hacia un descenso, tal vez débil pero real, de la fecundidad. Del mismo modo se puede presumir que la frecuencia del divorcio aumentará, así como la de las familias monoparentales; y que por lo contrario, serán

*El autor hace alusión a Fabrizio del Dongo, personaje de la novela "La cartuja de Parma" de Stendhal, quien exclama al enterarse que una pequeña escaramuza militar en la que participó, formaba parte de una gran e histórica acción guerrera: —¿y eso fue Waterloo? (N. del T).

A

% de cohabitantes prenupciales	1968 - 1969	1970 - 1971	1972 - 1973	1974 - 1975	1976 - 1977 (a)
	17	24	26	37	44
número total de matrimonios observados	117	177	263	302	270
(a) cuatro primeros meses del año 1977 solamente					

B

profesión del interesado	número total de casados	profesión del padre del interesado	número total de casados
agricultor	0	agricultor	20
obrero	26	obrero	31
empleado	31	empleado	26
cuadros medios	42	cuadros medios	36
profesión liberal	51	profesión liberal	53
altos empleados	58	altos empleados	137
estudiante	206		
residencia	número total de casados	práctica religiosa	número total de casados
rural	16	sin religión	54
menos de 5000 hab.	30	sin práctica religiosa	31
5000 a 200 000 hab.	33		
más de 200 000 hab.	36	práctica irregular	16
conglomerado	46	práctica regular	11
parisino	226		83

C

¿ Piensa usted que, para las personas que viven sin estar casadas el problema de la fidelidad recíproca se plantea en los mismos términos que si lo estuvieran; de una manera más flexible, o bien de un modo totalmente diferente pero no más tolerante?	Francia		París	
	H	F	H	F
exactamente en los mismos términos	43	55	40	55
de una manera más flexible	20	19	20	17
de un modo totalmente diferente pero no más tolerante	26	21	29	23
No opina	11	5	11	5
	—	—	—	—
	100	100	100	100

Fig. 6 La cohabitación prenupcial se ha convertido ya en moneda corriente en Europa. a) La frecuencia con que se observa en Francia es muy superior a la observada en los países mediterráneos, en Bélgica o en Luxemburgo, en donde el fenómeno es aún estadísticamente limitado. El porcentaje francés, por el contrario, está muy por abajo de la frecuencia con que se observa en los países escandinavos, en particular en Suecia, en donde solamente el 1% de los matrimonios no estuvo precedido por la cohabitación. La adopción de este modelo en Francia ha sido rápida: la proporción de parejas que ha cohabitado ha aumentado sensiblemente aunque la amplitud del fenómeno no ha sido socialmente “visible” sino a partir de 1973.

b) Un estudio hecho entre las parejas casadas muestra que la cohabitación prenupcial no está repartida de la misma manera entre la población francesa, sino que es más frecuente entre los estudiantes de las grandes ciudades.

c) En la mayoría de los casos, los cohabitantes consideran que la fidelidad entre ellos debe ser la misma que entre los casados. Sobre este punto su comportamiento parece ser muy parecido al de los casados y la diferencia estriba en que en general, los cohabitantes no tienen hijos y no proyectan tenerlos mientras no se casen.

menos numerosos los segundos matrimonios de los divorciados. De acuerdo a lo anterior, es pertinente pensar que los modelos matrimoniales de matrimonio-fusión y matrimonio-asociación se desarrollarán en detrimento del matrimonio-alianza. Dependiendo de los países, la distribución según estos tipos de unión variará más o menos considerablemente, pero el movimiento general en los próximos diez años parece ya inscrito en las mentalidades y en la pirámide de las edades.

¿Es posible arriesgarse a predecir lo que sucederá más allá de los límites de este horizonte temporal próximo? Algunos piensan que sí, y sus perspectivas son además contradictorias. Unos juzgan que la evolución ha alcanzado su punto extremo en el sentido del laxismo y que es inminente una inversión de la tendencia. La historia de las costumbres se resumiría, para ellos, en una oscilación de periodo variable entre las situaciones de rigor y los

momentos de relajamiento. Evidentemente estaríamos ahora al término de uno de esos momentos en los que la institución desaparece frente a las exigencias de los individuos. El estado de "licencia" actual, si durara, pondría en peligro a la sociedad misma. La reacción sería pues inminente. Esta tesis no reposa, probablemente, más que sobre los deseos inconscientes de aquéllos que la formulan. De hecho, nada justifica una concepción "oscilatoria" de la historia, incluyendo la historia de las costumbres. En esta última tampoco se vuelve a pasar nuevamente por los mismos caminos. ¿Se puede imaginar, aún en un lejano horizonte, una revaloración del status tradicional de la mujer? ¿Es verosímil esperar un regreso al estado de la fecundidad "natural"? La historia no conoce verdaderas "restauraciones". Cómo borrar en efecto, en el imaginario social, la huella de lo que alguna vez fue vivido colectivamente.

¿Es necesario tomar el partido contrario, prolongar la tendencia observada actualmente y predecir a corto plazo una crisis general de la familia? Tampoco faltan los sostenedores de esta tesis. Todas las sociedades occidentales adoptarían en un plazo relativamente corto, el matrimonio-asociación. Después, ese compañerismo se tornará cada vez más inestable. Según ciertos futurólogos como Toffler, la pareja se convertirá al final, en "efímera". La familia "normal" podría además, reducirse solamente a la pareja. Únicamente una minoría de parejas especializadas serían fecundas y se ocuparían de la crianza y la educación de los niños. La reproducción se tornaría una especie de actividad profesional, reservada a un pequeño número de parejas.

Estas perspectivas no presentan mejores garantías que las que prevén un regreso a una concepción tradicional de la familia. Postulan que las tendencias actuales van a proseguir "linealmente" en el sentido que ha sido observado recientemente, que la fecundidad bajará hasta volverse nula, y que el divorcio se volverá tan frecuente que la inestabilidad será la norma. Pero la hipótesis de la continuidad de los movimientos no es más confiable que la de la necesaria oscilación de los comportamientos.

En este punto se impone una observación, era cómodo en la exposición tratar a la familia como un sistema cerrado: se mostraba mejor así la lógica interior del sistema. Pero este procedimiento didáctico no debe hacernos olvidar que los modelos familiares descritos no son cerrados: se inscriben en una sociedad. No son en realidad más que subsistemas que deben permanecer compatibles con el sistema global. ¿Cómo suponer entonces que la evolución de un subsistema sea separable de la del sistema englobante? Así, el futuro de la familia no es independiente del de la sociedad y no podríamos hablar del primero más que en la medida en la que tuviéramos una idea bastante precisa del futuro de la segunda.

Esta dependencia define el límite de los resultados que pretenden obtener los demógrafos y los sociólogos de la familia. En esta etapa de sus investigaciones, todo pro-

greso exige en efecto que se acuda a aquéllos cuya especialidad sea precisamente la de estudiar la sociedad global. Si algún día hubiera de esclarecerse el futuro de la familia, sería solamente gracias al trabajo conjunto de los demógrafos, los juristas, los antropólogos, los psicólogos, los historiadores, y por supuesto los sociólogos; es decir, de todos aquéllos cuyos estudios están enfocados hacia la investigación de los mecanismos generales que regulan el funcionamiento y la evolución de los macrogrupos humanos. ¿Es posible tal empresa? Nada hay menos seguro. Inicialmente, porque sin duda las ciencias del hombre no están aún suficientemente avanzadas, inclusive articulando sus trabajos, para brindar indicaciones sólidas respecto al mañana que se prepara el hombre. Esta insuficiencia actual no debería empero descorazonar las tentativas de concertación, inclusive reducidas, de dos o tres disciplinas. Estos intentos interdisciplinarios existen ya, pero permanecen, según parece, desprovistos de medios, y son raros y de pocos alcances. Al decir "desprovistos de medios", entendemos no sólo la dificultad de financiamiento, sino, sobre todo, la escasez de investigadores preparados para tal tarea y dispuestos para un trabajo colectivo. La pluridisciplinariedad en las ciencias humanas no es, desgraciadamente, más que un deseo.

El demógrafo, circunscrito dentro de los límites de su disciplina, no puede llegar a conclusiones respecto a lo que será la familia dentro de algunos decenios, sino a través de un reconocimiento cabal de lo que ignora. No obstante, es importante permitirle presentar los planteamientos elaborados a partir de sus propias observaciones en relación a este problema. ¿Nuestras sociedades occidentales podrán llegar a estabilizarse? Lo que caracteriza ahora a su evolución y por ende, a la de la familia, es la desaparición progresiva de los reguladores institucionales. ¿Lograremos alcanzar un punto nuevo de equilibrio, una sociedad estabilizada a pesar del aligeramiento de las prohibiciones y las prescripciones? En este caso, los comportamientos matrimoniales adoptarán por ellos mismos una estabilidad relativa. Si por lo contrario, la desaparición de los reguladores institucionales llegara a un desarreglo generalizado, es muy difícil prever que la familia constituya entonces la última instancia del orden y de la permanencia. Se disolvería, a su vez, en la anoni-mia general. Es pues ilusorio considerarla como una célula social elemental e indestructible que desafíe revoluciones y mutaciones sociales, una célula de alguna manera indestructible, a partir de la cual fuera siempre posible construir una sociedad nueva.

En realidad, nuestra cultura afronta ahora innumerables desafíos, y no solamente en materia demográfica. Estos riesgos son tan importantes y tan nuevos que no podrán probablemente salvarse más que por una verdadera mutación. Ignoramos por supuesto si tendrá la imaginación y el valor necesarios para lograrla. Podemos solamente esperar, frente a la inminencia de los peligros, que los hombres inventarán finalmente esta nueva manera de vivir juntos, tanto en la sociedad global como en el grupo familiar.

REFERENCIAS

BASSAND M, KELLERHALS J: *Familles Urbaines et Fécondité*, Georg Librairie de l'Université, Ginebra 1975.

HILL R, KONIG R: *Families in East and West*. Mouton, 1970.

METRAL M O: *La Famille*, Les Editions Ouvrières, 1979.

PITROU A: *La Famille Dans la Vie de Tous les Jours*. Privat, 1972.

TISSERAND E: *Famille ou Communauté*. Le Centurion, 1976.